

El estilo llano, ameno, de tono menor, discretamente familiar, irrumpe elocuente en las páginas finales, cuando Zañartu precisa la trascendencia y significado de Lastarria; entonces acuña frases dignas de grabarse en el pedestal del monumento que algún día ha de levantarse a Lastarria:

«Lastarria nos dejó la herencia de todo el idealismo enternecedor del siglo XIX. Se adelantó a la época de nuestro crecimiento como nación al exaltar los beneficios de la democracia liberal. Fué el primer chileno que conquistó el nombre de maestro en todo el significado altísimo de la palabra, y lo afirmó en un gesto indomable destinado a irradiar en la dulce severidad de sus teorías morales».



CAMPANARIO DE HUMANIDAD, por don *Samuel A. Lillo*.—Editorial del Pacífico, 1938.

Desde lejos, como el caminante que se ha adelantado en la jornada, don Samuel A. Lillo nos envía su mensaje de humanidad. Su ritmo es de la época; su voz, del pasado; pero ritmo y voz tienen una misma vibración cordial: el canto esperanzado para las almas dolientes y aplastadas por seculares injusticias.

Augusta voz del pasado que cantó en versos briosos y sonoros épicos hechos de la historia, la suya, y alma generosa que animó a escritores desde la simpática tribuna del Ateneo de Santiago. Don Samuel A. Lillo vivirá en las páginas de la historia de la literatura chilena no sólo por sus versos de robusta entonación, sino también por ser el animador de varias generaciones, a quienes estimuló y ayudó. Hoy le vemos espiritualmente rejuvenecido participar de las reuniones de literatos, identificándose con ellos en sus mismas inquietudes.

Al vibrar con las inquietudes actuales, no hace más que dar expresión al ritmo de su corazón, porque mucho antes de

ahora había cantado ya al hombre humilde y desamparado, víctima de todas las injusticias. El palanquero, La mina abandonada, Los Galeotes y otras, que reproduce en este libro, datan de principios del siglo, cuando era poco menos que una osadía hablar de solidaridad humana. Su acento de simpatía social es el mismo que encontramos en los sombríos relatos de su hermano Baldomero. Es que el artista de verdad no puede desoír la voz humana que clama angustiada, y encerrarse a builar morosamente la euritmia de sus versos en la tranquilidad de su vida muelle. Debe él recoger esa voz anónima que surge vaga de lo hondo de las almas humildes y darle expresión artística. Como lo hicieron Tolstoi, Ibsen, Gorki, Zolá, Galdós y otros. Hoy más que nunca se hace imperativa esta obligación de los artistas, pues los campos están bien demarcados y dispuestas las barricadas. Las actitudes neutras son inaceptables.

Entiéndase que el acento de la poesía de don Samuel A. Lillo nada tiene de revolucionario y su verbo es de simpatía y humanidad; pero esta simpatía clava hondo en el sentimiento y vale mucho más que una peroración estridente y demagógica. Es la suave voz del poeta que habla con la emoción. Así las palabras tienen escaso valor y poco importa que sus versos no sean de corte nuevo, ya él lo dice:

No son mis romances hechos
por el nuevo cartabón,
con preciosismos de frases
juego de luz y color.

Son ondas de roja sangre
que lanza mi corazón
en un palpitar constante
de caridad y de amor.

Y aun pudiera reparársele ciertas expresiones prosaicas.

Bien podemos quebrar el vaso y dejar que se derrame generosamente el contenido.

Son los Romances los que merecen nuestra mayor simpatía, especialmente el «Romance de los gañanes» y «El Romance del cateador». También deben señalarse «Marinero» y «Croquis marino» y algunas otras hasta quizá completar el índice... Un fresco aire juvenil sacude el alma de estas poesías, como si ellas fuesen el lenguaje elemental del corazón.

Oigamos el repique de esta vieja campaña que tañe rotundamente su son de humanidad.—MILTON ROSSEL.

LA AMORTAJADA. Novela, por *María Luisa Bombal*

Entre los novelistas chilenos, dados en su mayoría al criollismo pintoresco—hay que hacer excepción de Barrios, d'Halmar, Edwards Bello y a gún otro—María Luisa Bombal, cuya última novela «La Amortajada» acaba de editar en Buenos Aires la Empresa Sur, de Victoria Ocampo, alivia en gran parte a la novela chilena de lo vernáculo fastidioso.

La nota psicológica, de fino análisis y honda introspección, unida a una sombrosa y desnuda sinceridad en el relato, dan a esta segunda novela de la autora de «Ultima niebla» el firme relieve de una obra sin ubicación geográfica.

De sorprendentes contornos pasionales, sin la timidez ante lo crótico que caracteriza a los prosistas chilenos, y sin caer tampoco en la pincelada colorista con que resalta gráficamente el realismo sin belleza, todo el libro de esta mujer admirable se mantiene en un justo plano de pasión y de inquietud espiritual que hace inconfundible su temperamento creador, y da un sello peculiarísimo a su posición de novelista en la hora actual de América.

Si la primera obra de María Luisa Bombal obtuvo el clo